

Carlos Vattier Bañados

## DON JUAN

¡Vosotros! educadores de la juventud de las naciones, pedagogos de Holanda, de Francia, de Inglaterra, o de España, azotad a vuestros discípulos en cualquiera oportunidad, os lo ruego; esto regenerará su carácter. En cuanto al dolor físico, no os inquietéis por ello. De nada sirvió a Don Juan tener la mejor de las madres y la mejor de las educaciones; a pesar de todo, perdió su inocencia, y, todavía, del modo más extravagante...

*Lord Byron.*

(Don Juan. Canto Segundo.)

### PRESENTIMIENTO

**S**I la luz de la luna pudiese penetrar la carne, nunca logrará acariciarla con tanta suavidad, como Don Juan, infante, acariciaba las entrañas de su madre. No se desmayaba la dama grávida con el aroma de una rosa; acaecíale de verse en la red de un gustoso, amoroso temblor, como una doncella que desencanta con los perfumes el recuerdo de su galán.

Iba por la casa tan volandera y liviana, que la hubiese sostenido el pedúnculo de una flor. Y no tenía más antojos que vestir velos vaporosos y mirarse en un espejo veneciano hasta que caía el sol.

Si su cauto esposo hubiera sido digno padre de tal hijo, con arma o denuesto debió pagar un tributo a los

celos. Mas, como alcanzado por el arrobamiento que esa pasión misteriosa producía a su mujer, aguardaba en silencio, nimbado de beatitud.

Con mayor anhelo, recato y parsimonia no se espera en Francia el alumbramiento de un Delfín.

## NACENCIA

Para este niño no hay ternura maternal. El jubiloso desgarramiento de su venida trae eternizado lo fugaz.

Por la ventana del aposento de la señora se columbra una torrecilla de tejas brillantes y metálicos capiteles, cuyo reflejo ondea en el río que se va discurriendo y llevándose al campo la ciudad. Los erectos y oscuros cipreses piensan cosas graves junto al claro verdor de las frondas que tiemblan graciosas, como si una mano invisible y leve agitara cada hoja. Las palomas saltan de las copas doradas al alféizar de la ventana. Una nube nacarina deriva por el cielo crepuscular. Y la naturaleza toda siente un desasosiego. Ardorosos, vagos deseos no la dejan conciliar el sueño.

¿Quién toca el clavecín en el aire? ¿Alienta acaso un alma fuera de este instante?

La dama está recostada entre frescas holandas. Nadie osaría conturbarla. Es tan divino y tan humano el trance en que se halla. No parece que fuera suya la sangre que corre con su sangre; y es distinta, sí, como el alma del que se mueve ya dentro de su ser. Lloro dulcemente, y no de dolor. Es que alguien susurra en sus venas esas palabras que apuran el amor. Palabras de mujer en labios de hombre.

¿De noche ya? ¿Cómo, entonces el tiempo no se detiene junto al éxtasis ni en la cumbre del goce?

Nada se detiene en esta tierra de Dios. El cielo, maduro de estrellas, late como un corazón. El cantar de

las fuentes se eleva tan alto, que apaga el cantar de las campanas. Ha nacido Don Juan.

## DON JUAN

Una guedeja interrogaba la verdad de los cuerpos ocultos entre las cejas como filos de alas tendidas de Don Juan. Sus largas manós impacientes, que llenas de primor se crispaban en los herrajes de una ventana o volaban como pájaros de rama en rama, vivían por sí solas sobre el negro fondo de su capa. Una malla fina y malva ceñíale las piernas altas, musculosas de saltar tapiales, pero tersas de domeñar otras más sedosas que la cara del agua. Derretíanse sus pupilas en el propio ardor, y algo alocado había en su grácil pres-tancia.

De tanta andanza egoísta y lance amatorio, comportábase como un mentecato en los gajes vulgares de la vida. Mas no era menester exigirle discernimiento, no; el bolso repleto de oro tornábalo habilidoso y no había señora de coturno ni santa abadesa ni tosca fregona que le pusieran resistencia. El sabio tacto de la mano de Don Juan hacía aflorar los deseos de aquellas melí-fluas celestinas que sobornan a la más pura doncella, por complacer al recuerdo de un calor que se les fué del cuerpo y las espera en el infierno. Más viril apostura y entereza de hidalgo tuvo Don Juan de adolescente. Predestinado estaba a trastocar la lógica del mundo, a generar una lógica cordial. De niño fué rudo como un escudero; de grande, aljofarado como un paje. Desmin-tiendo a la naturaleza, portóse primero valiente y tan solo atrevido después. No le valió para allanar la vida el trajinar por los caminos; con ingenua brujería alimentaba los nudos del destino. Sus temerarios arres-tos de cruzado no eran más que el canto de los niños en la oscuridad. Tenía miedo de sí mismo.

Su inagotable decir de madrigales, el excesivo comercio con el eterno femenino y ese frenético besar de senos entre randas fragantes, mudáronle de tal suerte que, en adentrándose por su trato, hallábanse las mujeres con una amiga. De ahí su éxito e índole pendera. Y no fué más femenino, puesto que debía manchar con sangre de duelos las manchas del honor. Pero más puede la edad que el hombre. Las huellas del tiempo melificaron su cinismo ágrete. Porque la niñez del deseo se quema a ciegas, y no significa acabamiento la cautela: es la juventud del deseo. En sus brazos se desmaya la primavera. Por eso no persiguió ya a la moza perfecta, iba tras la fea que era toda belleza. ¿Fué la mejor aquella que, a fuer de virtud, ganó el respeto de tan ardiente doncel?

La noche era el dominio de Don Juan. Huía del trémulo aletear de las luminarias y hubiera querido cegar al firmamento. Con la sombra asida a las entrañas, Don Juan se arrebuja en la sombra. Como una flor nocturna, su corazón abría en la oscuridad. El alba le arrebatava el embozo, ansiosa de mirarle la faz.

Los huertos borbolleaban de frutas y verduras. Las savias que laboran invierno adentro brotaban en verano por las grietas de los yermos. Al unísono cantaban fuentes y campanas. Don Juan hacía su jornada.

### ¿DON JUAN O EL AMOR?

¿Fué Satán el divino o un fauno lampiño? ¿Prometeo burlón que vuela cargado de cadenas, con las frágiles alas de un dios niño?

Carne de abismo o despojo celeste, va sin sospechar a donde, llega tarde o temprano como la muerte.

No se sabe ladrón y sólo está alegre cuando declina el sol. Rota la virginidad, nace su honor. Lo virgen deja trunca la obra de Dios.

Reflejo de la verdad o cuerpo de una mentira, pena al ver que su dicha fugitiva sólo afirma lo inasible de las cosas divinas. Pena y reposa en cada tentativa.

¡Si Don Juan se llama el mortal que no pudo esperar la paz junto a la misericordia de un amor, Don Juan no hallará descanso ni en el dulce sueño en que muere la pasión!

Porque el hombre está vacío y sin forma como el mandato del primer día, y sólo el amor, que inspiró a Dios, puede completar su creación.

### SOLEDAD

Todos los seres cabían en su pasión, ninguno en su amor. Cuando besaba, inconscientemente, miraba al cielo. No sabía Don Juan que su fe en él era fe en Dios. Ignoraba que para ser Don Juan hay que desoír la voz humana que fingen los entes de la Nada.

Nunca sintió el retumbar de sus pasos; suenan ahora hasta el Más Allá. Jamás se fundió el eco de su clamor; el viento lo demuda hoy. La tierra es una urna de cristal.

Quiere que el rosal dé frutos, que dé flores la miel, pues de tan gustado, se le pierde el mundo. Harto de oro, no halla en qué dilapidar. Como nadie engarza requiebros sutiles y argucias galanas, pero nada le dan cuando se lo dan todo. Y no es más que huesa la dulce familia, tenue el fulgor de su lámpara desde arriba.

Remotas eran las comarcas que cobijaron el romántico exilio de Don Juan, mas proyectaban su sombra entre el cielo y el mar. Fluente como las ondas, su nombre deslía nombres de víctimas y favorecidas, nombres para vocearles en el fragor de un asalto o en el ámbito esquivo de una estancia real.

Apenas si roza el suelo la juventud; pero va por el mundo como pisándose las alas. De mozo, sabía Don

Juan que para escudar una aventura nocturna, su capa y su casa eran nidos de águilas.

Cae la tarde otoñal. Para que la luna alumbre hay un espacio entre nube y nube. Oscuro ya y no estando, la luna ha de estar. La vejez sale de adentro y no siempre se deja ver. La tierra llama a la fronda, atrae al cuerpo como un imán.

Cual la sombra de las hojas al volar pasan los deseos entre las sienas de Don Juan. Y, prisioneros en el fondo de su inconsciencia, titilan unos ojos que no miraron jamás.

La imagen de cada pasión es más real que la realidad. Tiene algo inmortal. Pero como una falena ronda la realidad. ¡Dormido, arrancáronle las alas a Don Juan!

Con rumor de caracola enciende la sangre un espejismo de mar. Gruta de agua en el agua deviene la vida fluvial. El hombre se sueña en la oquedad. Lo alucina la sed del desierto que fué mar.

Tanto poder tiene la sombra de Don Juan, humano de puro vencido, que lo lleva más lejos que su sino. Y se lo arrebató al miedo de contemplar el poblado abandono del hombre en su soledad.

Por no pedir, ciegas de musgo, fenecen las manos del jardín. Los badajos se sumergen en las fuentes. Sopla el viento y salpican los tañidos. Don Juan va pulsando el vacío.

## MUERTE DE DON JUAN

Es la quinta estación del año, clima de labios en flor, que, en su huída, ata el horizonte al corazón. Deja a la tierra sin fuerza, rodando en la diestra de Dios. Pulpa de luna, sabor de pálpito, luz de estupor, sus frutos remontan el espacio, atraídos por el sol. Temblorosa, desnuda, el alma solitaria busca la piel de la primera estrella que se durmió en las tinieblas. Abandonada en lo

alto, quisiera fundirse en una hoguera de astros con la nieve eterna. Pero aun vigila desde lejos el último descenso del cuerpo.

La noche sube del valle como una negra humareda. A tientas, sin hallar resistencia, Don Juan se desespera. Huye de sus pies la firmeza, como si se unieran la haz de las aguas y la haz de la tierra. Y luego de flotar con un lento ritmo de sueño, sus piernas enraízan en el fuego.

¡Cuánto tarda el milagro del día! ¡En qué esfera desconocida se pierde la piedad divina!

Débil esclava de su libertad, como una estrella caída en la más alta cima, el alma aspira a la fuerte esclavitud de las colinas. Y le duele mirar el huracán de unas manos sin tacto en la oscuridad. Pero no es eterno el dolor si la noche acaba.

Al hielo del alba cede la fiebre y los fantasmas ahogan a Don Juan. En lo alto de la colina, mientras llenan el aire las campanas de agonía, se apaga una lucecita. Y cuando el conjuro del día la aniquila, las fuentes quiebran en ceniza su cantar y una ráfaga humana cruza la eternidad. Don Juan ha muerto. ¡Viva Don Juan!